

LAS EPOCAS EN LA HISTORIA

SOBRE LAS EPOCAS EN LA HISTORIA

CONFERENCIA PRIMERA

INTRODUCCIÓN

ANTES DE ENTRAR en el fondo de esta serie de conferencias, conviene ponerse de acuerdo acerca de dos cosas: la primera es el punto de partida de que hemos de arrancar, la segunda los conceptos fundamentales a que vamos a atenernos.

Por lo que se refiere al punto de partida, nos llevaría demasiado lejos, para el fin que aquí perseguimos, retrotraernos a tiempos muy remotos, a situaciones completamente desplazadas, que aunque ejercen una influencia innegable sobre los tiempos actuales, no influyen en ellos sino indirectamente. Por eso, para no perdernos en problemas puramente históricos, arrancaremos de la época romana, en la que se da ya una combinación de los más diversos factores que aquí nos interesan.

Dicho esto, pasamos a los conceptos fundamentales. Y, en este respecto, es necesario que, antes de entrar en materia, procuremos esclarecer, en primer término, el concepto del progreso en general y, en segundo lugar, lo que, en relación con ello, debe entenderse por "ideas directrices."

I. CÓMO DEBE ENTENDERSE EL CONCEPTO DE "PROGRESO" EN LA HISTORIA

Quien esté dispuesto a aceptar, con ciertos filósofos, que la humanidad ha ido desarrollándose desde su estado primitivo hacia una meta positiva, puede concebir esta evolución de uno de dos modos: o dando por supuesta la existencia de una voluntad general que dirige y orienta la evolución del género humano desde un punto a otro, o entendiendo que la humanidad está dotada, por decirlo así, de una naturaleza espiritual que hace que las cosas marchen necesariamente hacia un determinado fin.

A nuestro juicio, ninguna de estas dos concepciones es filosóficamente sostenible ni históricamente demostrable. En el terreno filosófico, no puede aceptarse ninguno de estos dos puntos de vista: el primero, porque equivaldría a suprimir en absoluto la libertad humana y a convertir a los hombres en instrumentos carentes de voluntad; el segundo, porque nos obligaría a admitir que los hombres son dioses o no son nada.

Pero tampoco en el terreno histórico son susceptibles de demostración estos dos criterios. Por dos razones. En primer lugar, la mayor parte de la humanidad no ha salido todavía de su estado primitivo, es decir, del punto de partida. En segundo lugar, habría que preguntarse: ¿qué es el progreso? ¿En qué se conoce el progreso de la humanidad?

Hay elementos de la gran evolución histórica que aparecen plasmados en la

nación romana y en la germánica; aquí, manifiéstase desde luego un poder espiritual que va desarrollándose de etapa en etapa. Más aún, no puede negarse que a través de toda la historia actúa una especie de poder histórico ejercido por el espíritu humano; es un movimiento que arranca ya de los tiempos primitivos y que puede seguirse a lo largo de la historia con ciertas características de continuidad. Sin embargo, nos encontramos con que sólo un sistema de pueblos de los que forman la humanidad participan en este movimiento histórico general, del que otros quedan excluidos. E incluso las nacionalidades inscritas dentro de este movimiento histórico general distan mucho de recorrer un camino de progreso constante. Si nos fijamos, por ejemplo, en el Asia, vemos que este continente, cuna de la cultura, recorre varias épocas culturales. Pero, en él el movimiento es más bien regresivo que progresivo. La época más antigua de la cultura asiática es, en efecto, la más floreciente; la segunda época y la tercera, en la que predominan el elemento griego y el romano, presentan ya un nivel mucho más bajo, y con la irrupción de los bárbaros —de los mongoles— podemos decir que termina por completo la cultura en el Asia. Se ha tratado de recurrir, para salir al paso de este hecho, a la hipótesis del progreso geográfico; pero hemos de condenar de antemano como una conjetura vacía de todo sentido la tesis, que sostiene por ejemplo Pedro el Grande, de que la cultura va dando la vuelta a la tierra, de que arranca del oriente para retornar a él.

En segundo lugar, conviene evitar, en este punto, otro error: el de pensar que la evolución progresiva de los siglos abarque simultáneamente todas las ramas del saber humano. La historia nos demuestra, para destacar solamente un punto, que en la época moderna el arte alcanza su máximo florecimiento en el siglo xv y en la primera mitad del xvi y llega a su más profunda decadencia a fines del xvii y en las primeras tres cuartas partes del xviii. Exactamente lo mismo ocurre con la poesía: hay también momentos en que este arte refulge, pero sin que ello quiera decir que vaya elevándose gradualmente en el transcurso de los siglos hasta convertirse en una potencia de orden superior.

Dejando a un lado, como vemos que es necesario hacer, toda ley geográfica de desarrollo y admitiendo por otra parte, ya que la historia nos lo enseña, que pueden decaer y morir ciertos pueblos en que la línea iniciada de progreso no abarca continuamente todas las manifestaciones de vida, comprenderemos mucho mejor en qué consiste realmente el movimiento progresivo del género humano. Consiste, sencillamente, en que las grandes tendencias espirituales que dominan la humanidad tan pronto se superan las unas a las otras como se enlazan entre sí. Ahora bien, en estas tendencias se destaca siempre una determinada dirección particular, que predomina y se impone, al paso que las demás pasan a segundo plano. Así, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo xvi predominaba de tal modo el elemento religioso, que relegó a segundo término el elemento literario. Por el contrario, en el siglo xviii gana mucho terreno el elemento utilitario y hace retroceder al arte y a las demás actividades afines a éste.

En cada época de la humanidad se manifiesta, por tanto, una gran tendencia

dominante, y el progreso no consiste en otra cosa sino en que sobre cuerpo en cada período histórico un cierto movimiento del espíritu humano que destaca ora una tendencia ora otra y se manifiesta en ella de un modo peculiar.

Quienes sostienen, en contradicción con el punto de vista aquí mantenido, que este progreso consiste en que la vida de la humanidad vaya potenciándose a lo largo de las épocas y en que, por tanto, cada generación sea superior en un todo a la que la precede, lo que vale tanto como decir que la última de ellas sería la privilegiada y que las anteriores no harían otra cosa que prepararle el terreno y allanarle el camino, atribuyen una gran injusticia a la divinidad. Estas generaciones mediatizadas, por decirlo así, carecerían de toda importancia sustantiva; sólo valdrían, de ser eso cierto, lo que valiesen como puentes o escalones para la generación siguiente; no mantendrían ningún contacto directo con la divinidad. Esto no puede admitirse. Toda época tiene un valor propio, sustantivo, un valor que debe buscarse, no en lo que de ella brote, sino en su propia existencia, en su propio ser. Es esto lo que da a la historia, y concretamente al estudio de la vida individual dentro de ella, un encanto especial, lo que hace que cada época deba ser considerada como algo con validez propia y que encierra un interés sustantivo innegable para la investigación.

Por consiguiente, el historiador deberá fijarse, fundamentalmente y por encima de todo, en el modo de vivir y de pensar de los hombres de un determinado período; si lo hace así, verá que, independientemente de las grandes ideas inmutables y eternas, por ejemplo de la idea moral, cada época tiene su tendencia específica y su ideal propio.

Ahora bien, aunque cada época tenga de por sí su propia razón de ser y su propio valor, esto no quiere decir que haya de perderse de vista lo que de ella brota, lo que lega a la posteridad. Por eso, en segundo lugar, el historiador debe observar también la diferencia existente entre las distintas épocas, para llegar a comprender la necesidad interior de su entronque y sucesión. Desde este punto de vista, es innegable la existencia de cierto progreso; pero no nos atreveríamos a afirmar que este progreso se presente en línea recta; más exacto sería representárselo como un río que va abriéndose paso a su modo por entre los obstáculos que tratan de cerrarle el camino. La divinidad —si se nos permite emplear esta expresión—, como no conoce el concepto del tiempo, abarca con su mirada toda la humanidad histórica en conjunto, sin establecer en ella diferencias de valor. No puede negarse que la idea de la educación del género humano tiene cierta razón de ser; pero ante Dios, todas las generaciones de la humanidad son iguales, tienen idéntico valor, y ese debe ser también el punto de vista del historiador.

Si cabe admitir un progreso incondicional, una curva ascendente clara y manifiesta, hasta donde nos es dado seguir el curso de la historia, en lo que toca a los intereses materiales, entre otras razones porque todo retroceso operado en este terreno lleva aparejada una enorme conmoción. Claro está que también las ideas morales pueden progresar en extensión; así, por ejemplo, puede afirmarse, refiriéndonos

a lo espiritual, que las grandes obras de la literatura y el arte son conocidas y gozadas hoy por mucha más gente que en otro tiempo; pero sería ridículo tratar de superar la personalidad de Homero en la epopeya o la de Sófocles en la tragedia.

2. QUÉ DEBE PENSARSE DE LAS LLAMADAS IDEAS DIRECTRICES EN LA HISTORIA

Los filósofos, principalmente la escuela hegeliana, han expuesto acerca de esto ciertas ideas según las cuales la historia de la humanidad va desarrollándose, en lo positivo y en lo negativo, como un proceso lógico hecho de tesis, antítesis y síntesis. Pero la escolástica devora la vida, y así, esta concepción de la historia, este proceso del espíritu que va desarrollando por sí mismo con arreglo a diferentes categorías lógicas, vendría a reducirse, en último término, al punto de vista que ya hemos rechazado. Dentro de esta concepción, sólo la idea tendría vida propia y sustantiva y los hombres quedarían reducidos a simples sombras o esquemas, a los que la idea infundiría vida. La teoría según la cual el espíritu universal crea las cosas, en cierto modo, por medio del engaño y se vale de las pasiones humanas para alcanzar sus fines entraña una idea altamente indigna de Dios y de la humanidad; además, consecuentemente desarrollada, esta teoría sólo puede conducir al panteísmo; la humanidad, así concebida, es como el Dios que se engendra a sí mismo por medio de un proceso espiritual que va implícito en su propia naturaleza.

Por eso, nosotros no podemos entender por ideas directrices otra cosa que las tendencias dominantes en cada siglo. Ahora bien, estas tendencias sólo pueden ser descritas, pero no reducidas en última instancia a un concepto; de otro modo, reincidiríamos de nuevo en lo que ya hemos rechazado como falso.

La misión del historiador consiste en ir desentrañando las grandes tendencias de los siglos y en desenrollar la gran historia de la humanidad, que no es sino el complejo de estas diversas tendencias. Desde el punto de vista de la idea divina, sólo acertamos a representarnos esto de un modo: concibiendo la humanidad como un tesoro infinito de evoluciones recónditas que, poco a poco, van saliendo a la luz, con arreglo a leyes desconocidas para nosotros, misteriosas y mucho más grandes de lo que generalmente se piensa.

DIÁLOGO

El rey.—Ha hablado usted de progreso moral. ¿Ha querido referirse también, con ello, al progreso interior del individuo?

Ranke.—No, solamente al progreso de la humanidad en su conjunto. El individuo, por su parte, va elevándose necesariamente a un plano moral cada vez más alto.

El rey.—Pero, como la humanidad se halla compuesta por individuos, cabe

preguntarse si al elevarse el individuo a un plano moral cada vez más alto, no abarcará también este progreso a toda la humanidad.

Ranke.—El individuo muere, pues su existencia es finita; la humanidad, en cambio, tiene una existencia infinita. En lo material admito un progreso, pues aquí lo uno engendra lo otro; no así en lo moral. A mi modo de ver, la verdadera grandeza moral de cada generación es igual a la de las otras, sin que en punto a la grandeza moral existe ninguna potencia superior; así, por ejemplo, no podríamos nosotros superar la grandeza moral del mundo antiguo. Ocurre a veces, e incluso con frecuencia, en el mundo del espíritu, que la grandeza intensiva se halle en razón inversa a la extensiva; basta comparar nuestra literatura con la de los clásicos.

El rey.—¿Pero, no debemos suponer que la providencia, sin detrimento del libre albedrío del hombre, ha trazado a la humanidad en su conjunto cierta meta hacia la que aquélla se encamina, aunque no sea por la violencia?

Ranke.—Es esa una hipótesis cosmopolita, no susceptible de demostración histórica. Tenemos, por ejemplo, la profecía de la Sagrada Escritura según la cual llegará el día en que sólo habrá un pastor y un rebaño; pero, hasta hoy, no ha resultado ser éste el rumbo dominante en la historia universal. Un ejemplo de ello nos lo ofrece en la historia del Asia, que después de épocas de esplendoroso florecimiento, ha vuelto a caer en la barbarie.

El rey.—¿Pero no es hoy, a pesar de todo, mucho mayor que antes el número de individuos que han alcanzado un nivel moral superior?

Ranke.—Lo concedo, pero no en el terreno de los principios, pues la historia nos enseña que existen pueblos reacios a la cultura y que, no pocas veces, las épocas anteriores revelan una moral más alta que las posteriores. Por ejemplo, la Francia de mediados del siglo XVII era una nación mucho más moral y culta que la de fines del XVIII. Cabe afirmar, como queda dicho, una mayor expansión de las ideas morales, pero sólo dentro de determinados círculos. Desde un punto de vista general humano, admito como probable que la idea de la humanidad, que históricamente sólo aparece representada en las grandes naciones, vaya incluyendo poco a poco a la humanidad entera, y en ello habría que ver un gran progreso moral interior. La historia no se opone a esta concepción, pero tampoco la revela. Debemos guardarnos, sobre todo, de erigir esta concepción en principios de la historia.

Nuestra misión consiste en atenernos a nuestro objeto.

CONFERENCIA SEGUNDA

El concepto del progreso, al que hemos dedicado nuestras consideraciones preliminares, no es aplicable, como hemos visto, a todas las cosas. No es aplicable, entre otras, al entronque de las épocas en general, por cuya razón no podríamos decir que un siglo sólo sirvió, históricamente, para preparar otro. Tampoco es aplicable este concepto a las creaciones del genio en el arte y la poesía, la ciencia y el